



# **LOS FEOS TAMBIÉN SE ENAMORAN**

Minerva Hall

Copyright © 2017 Minerva Hall  
Copyright portada © Fotolia  
Diseño Portada: M. H.  
Maquetación: M. H.

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.  
All rights reserved.

**A mis lectoras.**

*Gracias por vuestro apoyo,  
vuestras lecturas y comentarios.  
Sin vuestro interés, ellos no existirían.  
Espero que disfrutéis de esta historia.*

## SINOPSIS

*¿Es posible superar el primer amor?*

Julieta Summers ha estado toda su vida enamorada del mismo hombre, incluso cuando no era consciente de ello; pero ocho años atrás tuvo que dejarlo todo, incluidos su corazón y su orgullo, en la pequeña población de Gold River. Nunca se ha permitido mirar atrás, pero la muerte de su abuela la obliga a regresar en las peores circunstancias y enfrentar una historia que debería haber resuelto ya.

Las apariencias engañan y si no que se lo digan al jefe de bomberos: Dylan, que tras un desastroso matrimonio, una vida de decepciones y un corazón roto, vuelve a sentir la emoción de antaño, cuando tuvo a la única mujer que ha amado entre sus brazos.

Pero la confianza es un bien preciado, que cuando se pierde una vez es muy difícil de restaurar, incluso cuando todo se derrumba a tu alrededor.

*¿Es posible olvidar una vieja traición,  
para abrir el corazón al verdadero amor?*

# ÍNDICE

PRÓLOGO .....	7
CAPÍTULO 1 .....	14
CAPÍTULO 2 .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
CAPÍTULO 3 .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
CAPÍTULO 4 .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
CAPÍTULO 5 .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
CAPÍTULO 6 .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
CAPÍTULO 7 .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
CAPÍTULO 8 .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
CAPÍTULO 9 .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
CAPÍTULO 10 .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
CAPÍTULO 11 .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
CAPÍTULO 12 .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
CAPÍTULO 13 .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
CAPÍTULO 14 .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
CAPÍTULO 15 .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
CAPÍTULO 16 .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
CAPÍTULO 17 .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
CAPÍTULO 18 .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
CAPÍTULO 19 .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
CAPÍTULO 20 .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
CAPÍTULO 21 .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
CAPÍTULO 22 .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
CAPÍTULO 23 .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
CAPÍTULO 24 .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
EPÍLOGO .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>

# PRÓLOGO

*Hace quince años*

La noche veraniega era cálida, mientras las parejas bailaban al lento ritmo de la suave música que salía de algún viejo *cassette*. Jóvenes y mayores, incluso algunas parejas adolescentes y niños disfrutaban del festivo baile. Gold River era un lugar idílico para vivir. El típico pueblecito mono, con casas de ensueño y perfectas familias; el guapo y fuerte papá, la comedida y cariñosa mamá, tan atractivos que casi dolía mirarlos, sin olvidar los dos niños perfectos, siempre sonrientes y dispuestos a seguir todas y cada una de las normas que habían impuesto sus cándidos padres. La postal perfecta de... ¡Utopía!

Esa noche no era diferente a todas las demás, al igual que durante el último par de siglos, desde que la fiebre del oro fundó las raíces de lo que hoy era un próspero pueblo, justo al lado del río gracias al que esperaban hacerse ricos, la gente disfrutaba, reía y se enamoraba. Quizá algunos avances modernos hubieran sustituido a otros más antiguos, pero la esencia se había mantenido desde el principio de los tiempos. En Gold River todo era de oro, nunca mejor dicho.

Los pajarillos acompañaban con sus trinos la cita, mientras los agradables aromas de la barbacoa se extendían por toda la localidad y Samy, su mejor amiga, al fin había conseguido que Miles la invitara a bailar. La había tomado de la mano y la estaba estrechando con firmeza contra su joven, pero bien torneado, cuerpo.

Julieta suspiró, rebobinó la escena en su mente y la repasó una vez más.

Las dos habían llegado a la vez, ieran las mejores amigas del mundo! Samantha tenía todo lo que a ella siempre le habría gustado tener. La apariencia inocente y cándida, la pura belleza que

intoxicaba a los hombres jóvenes que la miraban con deseo y respeto y que había logrado, casi de inmediato, la completa atención de Miles. Solo había sido necesaria una mirada, para que Julieta pasara desapercibida a sus ojos. Estaba convencida de que ni siquiera se había dado cuenta de su presencia.

Se encogió de hombros mentalmente. Su apariencia era muy diferente a la del guapo joven y a la de su amiga. El tono rubio casi platino del pelo de Samantha, en su caso era un castaño claro, demasiado corriente; los ojos azules como el cielo de Samy contrastaban vigorosamente con los verdiazules con manchas castañas suyos. Ni siquiera podían ser verdes o azules o incluso marrones, no, eran una disforme mezcla que le daban un feo aspecto. El bronceado suave de la piel de Samantha resultaba atractivo, casi hipnotizador, hacía que todos la miraran con anhelo. Tanto las mayores como las más jóvenes, no así la suya, pálida como la leche, que jamás alcanzaría un color lo suficientemente saludable. De blanco muerto a rojo cangrejo, no. No resultaba atractivo.

Además, la otra era delgada y grácil, con las curvas suficientes para parecer atractiva. Julieta era torpe y rellenita; si llamaba la atención solo era por accidente. Habitualmente, seguida de un coro de risas tras alguna metedura de pata.

Suspiró y contempló a la joven pareja con cierta envidia. También quería encontrar a alguien, bailar, reírse, besarse a escondidas y hacer todas esas cosas que hacían los adolescentes.

Pero no era lo suficientemente guapa. ¡Vaya cruz!

—Eh, tú. ¿Bailas?

No se molestó en girarse, sabía a quién pertenecía esa insidiosa vocecilla, mejor hacer como que no existía. Se puso a silbar, mirando al cielo estrellado, sin ver nada, mientras la fiesta seguía viva a su alrededor.

Un dedo salvaje se le clavó en la espalda.

—He dicho que si bailas —espetó el adolescente, causándole lo que probablemente se tornaría en un feo moratón en cuestión de minutos, si no de segundos.

Se giró con instinto homicida, el chico la miró repentinamente tímido y se metió las manos en los bolsillos. Julieta casi quiso sonreír, casi.

Debería ser la *matona* de la clase, pero era demasiado tímida. Al menos conocía a Dylan desde parvulitos. Habían sido amigos durante mucho tiempo, sin importar la breve diferencia de edad que había entre ambos.

—No tienes que hacerlo, estoy bien.

El chico la miró, elevó la barbilla orgulloso.

—Pues yo no —sacó una mano y la agarró sin ceremonias, llevándosela al centro de la pista de baile—. Rodea mi cuello con tus brazos, Juls.

Ese estúpido mote.

Resopló fastidiada, pero le hizo caso.

—Todos van a pensar que lo haces por pena.

Dylan se rio, no lo hizo discretamente como lo habría hecho Miles, sino a carcajadas, atrayendo gran parte de la atención hacia ellos. Los miraron con gesto acusador, ¿cómo se atrevían a perturbar la paz de la divertida estampa familiar con sus grotescos modos?

—Juls, a veces eres muy graciosa —soltó el muchacho y la atrajo más cerca—. Vamos a hacer que las cotillas revienten. Acércate un poco más a mí.

—Dylan McIntire, tienes dieciocho años y eso es ilegal —susurró con una chispa de humor en su voz—, te recuerdo que solo tengo catorce.

—Te recuerdo que ya he visto ese blanco trasero tuyo en muchas ocasiones. Venga... No me vas a decir que te has vuelto repentinamente tímida, ¿verdad?

—No soy tímida, solo inteligente. Y además, sé que te mueres por bailar con Samy.

Su mejor amigo en el mundo no lo negó, se limitó a encogerse de hombros.

—Está fuera de mi liga y, además, tú hueles mejor —le frotó la mandíbula rasposa en el cuello, como si fuera un oso en busca de un árbol para rascarse.

—Conseguirás irritarme la piel —se quejó ella sin acritud. De pronto se sentía mejor, como si no importara ser un poco imperfecta—. No te has afeitado —lo regañó.

—Bah, eso es para maricas.

Julieta pensó que Dylan a veces era demasiado chico, bruto y un poco-bastante- rudo. Nunca conquistaría a su amiga si seguía así. A ella le gustaban pulcros, bien vestidos, recién afeitados...

—Vas por el mal camino con Samy.

—Déjame llevarte por el mal camino, nena —canturreó entre desafines, captando de nuevo la atención sobre ellos—. Puedo invitarte a montar en el camión de bomberos, te dejaré poner la sirena.

Llevaba un año siendo bombero voluntario y aspiraba a hacer carrera de ello. Le gustaba ayudar a los demás, a pesar de sus bruscas maneras. No era guapo, su pelo era demasiado oscuro, tenía demasiado vello facial y en el resto de su cuerpo; parecía un oso, no solo en sus actitudes sino también en su *peludez* y daba unos abrazos estupendos. Cada vez que alguien hería sus sentimientos, estaba allí dispuesto, torpe y dispuesto, a secar sus lágrimas y achucharla hasta que se le pasaba el disgusto.

—Prométeme que nunca cambiarás, Dylan. Prométemelo.

—Prometo firmemente que seguiré siendo el tipo más guapo del mundo entero. El más sexy y encantador. Siempre dispuesto a hacer sonreír a una dama —le guiñó el ojo y ni siquiera le importó que fuera de un anodino color marrón. Ni que su nariz estuviera ligeramente

torcida, después de haberse caído haciendo el tonto con la moto. Y tampoco le importó que tuviera una enorme cicatriz que empezaba en la ceja y se perdía en lo alto de su cabeza, más allá del comienzo del pelo. Le gustaba así.

Y además hoy olía a jabón. Natural, sin colonia y quizá un poco a humo.

—Hablo en serio —dijo deteniendo el extraño movimiento que hacían simulando bailar.

—Yo también —contestó ligeramente ofendido—. No tengo musculitos, pero no quita que sea un tipo fuerte y sagaz, capaz de acometer cualquier aventura por mi hermosa dama.

Julieta se rio otra vez. No era una dama y mucho menos hermosa, pero le gustaba estar con él, aunque en secreto deseara que Miles le diera su primer beso.

Su mirada se oscureció, eso no pasaría nunca. Y Samy era su amiga, a pesar de todos los malos ratos que había pasado por su culpa y que no se atrevía a confiarle a nadie.

—Expulsa esos pensamientos de esa cabecita tuya, ahora mismo.

—No puedo.

—Sí, sí puedes. Si yo puedo ignorar al perfecto y seductor Miles —dijo empleando un tono muy burlón y quizá un poco exagerado al pronunciar las tres últimas palabras—, tú puedes hacer como que estás con el hombre de tus sueños. Vas a romperme el corazón si sigues así.

Julieta le golpeó suavemente en el pecho y negó.

—Eres tonto. Sabes que tú eres mi mejor amigo, no querría estar con nadie más hoy.

—Mentirosa —la acusó cariñoso tocándole la punta de la nariz, sin permitir que se alejara de él—, pero te perdono. Algún día abrirás los ojos y te darás cuenta de que yo soy el tipo que te conviene.

—Algún día tú te darás la vuelta y yo seré la mujer perfecta para ti, mientras que Samantha es solo... una ama de casa aburrida e insulsa.

Se odió por decir eso en voz alta. ¡Era su mejor amiga!

—Te prometo una cosa —dijo Dylan mirándola con seriedad. Con la misma con la que se refería a aquel trabajo que desempeñaba y tanto le gustaba—. Si cuando cumplas treinta no has encontrado a tu príncipe azul, ven aquí y quédate conmigo.

—No bromees con eso... No es gracioso.

—¿Crees que no soy lo suficientemente guapo para ti? —preguntó con el ceño fruncido, el corazón de Julieta dio un vuelco mientras lo miraba.

¿Estaría hablando en serio?

—Solo con la condición de que lo intentes al menos una vez con Samy —alzó un dedo frente a él, para acallarlo—. Una vez.

—¿Por qué ese empeño, Juls? Esa chica no es para mí —dijo encogiéndose de hombros.

—Pero te gusta...

—Tú me gustas más.

—Eso no es verdad. Yo no te gusto de esa manera, solo sientes pena por mí y si no me prometes que...

Dylan bajó hacia ella y la acalló con un suave beso en los labios.

—Te lo prometo y ahora cállate y baila.

Julieta se quedó muda, impactada. ¡La había besado! Lo miró una vez más, buscando en él algo diferente, una luz diferente a la de la amistad.

Y la asustó mucho lo que vio, así que se apoyó en su pecho, cerró los ojos y se dejó llevar.

Quizá la belleza de Miles tuviera la facilidad de obnubilarla y hacerle desear perderse en ella, pero la realidad que había en cada célula del cuerpo de Dylan...

Eso lograría hacerla perderse para siempre. Su cabeza, sus sueños y su corazón.

Y sabía que jamás se recuperaría.

Estaría más a salvo siguiendo interesada en Miles. Mucho más. Un amor imposible. Un amor platónico y lejano.

Lo único que podría tener una chica fea e insulsa como ella.

Y con Dylan... con él siempre le quedaría la amistad.

# CAPÍTULO 1

En la actualidad.

«*Bienvenidos a Gold River.  
925 habitantes*».

Aquel viejo y conocido cartel le dio la bienvenida al que en otro tiempo había sido su hogar. Hacía años que se había marchado, ocho para ser exactos, justo después de volver a casa tras la universidad. Se había licenciado en Bellas Artes y, a pesar de no ser la carrera con más salidas del mundo, había tenido la suerte de trabajar en el departamento de publicidad de diferentes empresas hasta que había encontrado su puesto actual. Un puesto como directora de marketing en una empresa de productos deportivos: *Sporting Dreams S.A.* Había regresado a casa tras la noticia de la muerte de su abuela, *Kassandra Summers*, la mujer que la había criado desde que sus padres habían decidido que la responsabilidad de ocuparse de una niña pequeña era demasiado para ellos. Nunca los había visto más de tres o cuatro veces en el año, habían sido aventureros, viajaban y disfrutaban de la vida, le escribían postales y le enviaban regalos desde lejos. Se acordaban de ella y la querían, a su manera.

*Kassandra* había sido el pilar, su sostén, la que se había desvelado para que su nieta fuera feliz. No podía hacer como si su pérdida no importara. A pesar de que hacía tiempo que no la visitaba, la mujer había pasado largas temporadas en su casa en la ciudad y había apoyado su carrera de todas las maneras en las que había sabido.

Se arrepintió de no haberse tomado las vacaciones que le debían mucho antes, para haber disfrutado otra vez de aquel pueblo, pero lo que no había hecho, ya no podía cambiarlo, así que no planeaba castigarse por aquel error.

Frenó de golpe cuando estuvo a punto de atropellar a un perro que atravesó por sorpresa la calzada. Los frenos chirriaron y pudo oler la goma quemada en el asfalto. Su respiración se agitó y el corazón le latía acelerado.

Se bajó a toda prisa, desatándose el cinturón de seguridad y observó al animalillo que le ladraba como si le fuera la vida en ello. Era diminuto, el típico perro de chica repipi. Buscó a su dueña en los alrededores y le sorprendió no ver a nadie. Atrapó al bicho y lo miró arrugando la nariz.

—Si me muerdes te piso la cola, ¿entendido?

El perro le gruñía, pero el efecto pasó desapercibido debido a los intensos temblores.

—Dios, no te hagas pis encima de mí. Voy a encontrar a tu dueño o dueña, sea quién sea.

Estiró una vieja toalla que llevaba siempre en el coche y la puso sobre el asiento del copiloto de cualquier manera, después posó a la diminuta criatura allí.

—No me mires así, te estoy salvando el pellejo.

El perrillo gimió, como si lo hubiera regañado. Se sintió mal, nunca había sido una persona dura. Tanteando le tocó la cabecita, tratando de ser cariñosa.

—Vale, vale. Tregua. No te pongas nervioso, vamos a llevarnos bien. Prometo que voy a encontrar a tu dueña.

Rebuscó en su cuello a la caza de alguna placa identificativa, pero no encontró ninguna. Suspiró, no esperaba hacerlo. Era posible que algún desalmado lo hubiera tirado por la ventanilla abierta de algún coche en marcha. La gente era incapaz de asumir sus responsabilidades. Si te hacías con una mascota, era tu obligación y deber moral protegerla, alimentarla y cuidar lo mejor que pudieras de ella.

Siguió recto, por una de las carreteras que daban acceso al pueblo, pensando en el mejor modo de proceder y supuso que si

alguien había puesto una denuncia por desaparición, lo habría hecho en la comisaría.

Un temblor recorrió su cuerpo, haciendo que la boca se le quedara repentinamente seca. La comisaría y el cuartel de bomberos compartían edificio, era lo que tenían los pueblos pequeños como aquel, poco espacio para organismos públicos. Casi todo eran tiendecitas y diminutos poblados turísticos.

Se preguntó si por una vez en la vida tendría la fortuna de entrar y salir sin tropezarse con algún viejo conocido, al que le daba miedo volver a ver. No había sido una gran amiga en los últimos ocho años. Después de aquel feo enfrentamiento con Dylan, que los había llevado a tomar caminos opuestos.

Pensó en que parte del motivo por el que nunca sacaba tiempo para volver a Gold River, era precisamente aquel, que no quería tropezarse con la parejita feliz. Suspiró y enfiló hacia la explanada de cemento que hacía las veces de aparcamiento, dirigió una mirada severa al perrillo, con intención de aleccionarlo, pero finalmente con un suspiro, lo agarró con toda la delicadeza que pudo, rezando para que su traje negro no se llenara de pelos y se tomó un instante para darse valor.

Seguramente, Dylan McIntire estaría muy, pero que muy lejos de allí hoy. Tenía que estarlo.

Sus tacones de cinco centímetros repiquetearon por la dura superficie mientras caminaba decidida hacia el despacho del jefe de policía. Arengándose en silencio para lograr la suficiente dosis de valor, se dijo que conocía a Miles desde hacía muchísimo tiempo y sabía que él ni siquiera la recordaría. En aquel entonces, había pasado desapercibida para todos.

No era que hoy fuera una belleza, había que ser sinceros. Uno era lo que era, pero había ganado confianza en sí misma y una gran reputación como publicista. Eso nunca estaba de más, ¿verdad? Solo iba a estar allí el tiempo suficiente, como para recoger los recuerdos

más importantes de su abuela, adecentar la casa y ponerla en venta. No quería saber nada de Gold River. El lugar en el que había encontrado y perdido a su primer amor y que le había destrozado el corazón.

Empujó la puerta de cristal, pero no se movió ni un milímetro. Miró el cartelito de «Vuelvo en cinco minutos» escrito a mano, que se burlaba cruelmente de ella.

—Vamos, no me jodas —gruñó en voz baja, mientras su compañero se acurrucaba en sus brazos, como si hubiera decidido empezar a confiar en ella.

Le pasó la mano izquierda por el pelaje suave, no debía llevar mucho tiempo perdido. Estaba limpio y también hidratado, gracias a Dios.

No era una chica de mascotas, para nada, pero la reconfortó el liviano peso.

—¿Puedo ayudarla?

Esa voz...

No, no iba a ser su día de suerte.

Forzó una sonrisa que esperaba pareciera sincera en su rostro y se giró. Lo miró y el impacto casi la dejó sin habla. No era un hombre guapo para los estándares de Hollywood, pero a ella le congelaba el aliento y lograba que su corazón latiera mucho más rápido.

Era enorme, si ya era alto en su adolescencia, ahora parecía una gigante mole. Era fuerte, las mangas de la camiseta se adherían a sus gruesos brazos y a su velludo pecho, no estaba marcado al modo de un culturista, pero no tenía ni un gramo de grasa en ese espléndido cuerpo. Era pura fuerza animal, capaz de levantar un camión con sus manos desnudas.

Quizá no tanto.

Su mirada seguía siendo intensa, aunque no había ni una pizca de diversión en su gesto. Tan solo dureza y quizá, algo de tristeza o melancolía.

—Dylan —pronunció cuando logró reunir el suficiente valor—, cuánto tiempo.

La única muestra que dio el hombre de sorpresa fue la ligera separación de sus labios entreabiertos y el suspiro que contuvo, porque no era algo típico de macho, como él solía decir antaño.

El pensamiento la hizo sonreír. Extendió su mano y sintió la calidez de la enorme de él cuando se la estrechó.

—Me alegro mucho de verte —le dijo con sinceridad.

—Juls —el amago de una sonrisa y aquel viejo apelativo que hacía años que no escuchaba—. Mucho tiempo, es cierto. ¿Qué te trae de vuelta a Gold River?

—Mi abuela ha muerto —le recordó. Era consciente de que él lo sabía, porque Cassandra no había dejado de invitarle a comer de vez en cuando y él no había dejado de cuidarla. Había sido como un segundo nieto para ella. Los dos la habían querido mucho, si no otra cosa, al menos seguían teniendo eso en común—. Al parecer tengo que ocuparme de sus pertenencias.

Su voz sonó estrangulada. No importaba que hubiera tratado de reconciliarse con la idea de que ya nunca más la vería, el dolor seguía allí. Como el instante en el que, estando en medio de la presentación de una importante campaña, la habían llamado y le habían dado la triste noticia.

—Lo siento mucho, Juls. Era una gran mujer, yo también la echo de menos.

Vio en su pose el amago de atraerla a sus brazos, como hubiera hecho en el pasado, pero soltó su mano y dio un paso atrás. Poniendo una distancia prudencial entre ambos.

—Gracias, sé cuánto la querías tú también. No paraba de hablarme de ti —evadió sus ojos mientras preguntó—. ¿Qué tal Samy?

Un músculo palpitó en la mandíbula de Dylan mientras la miraba. No parecía querer ocultarle nada, tan solo se sentía furioso.

—Nos hemos divorciado.

—Lo siento mucho, Dylan. No lo sabía.

—No lo sientas. Yo no lo hago —soltó, señaló al perrillo y preguntó—. ¿Desde cuándo te gustan esos chuchos?

Julieta tuvo que meditar la pregunta, porque mil pensamientos regresaron en tromba a su mente y su corazón. La agrídulce despedida, el corazón destrozado, la lejanía que se había impuesto entre los dos, desde que él había decidido dar el paso de invitar a salir a su mejor amiga.

Una mejor amiga que hoy sabía, ni siquiera había sido una de las malas. La había utilizado desde el principio, se había burlado de ella y la había traicionado una y otra vez. Había seducido a Miles cuando supo que a ella le interesaba y después, tras darse cuenta de lo que sentía por Dylan, lo había arrastrado a una aventura que había acabado en matrimonio. Todo porque Julieta había sido lo suficientemente ingenua como para confesar que sospechaba que estaba enamorada de verdad del que hasta entonces había sido su mejor amigo.

Muchas veces se había preguntado el porqué. Samantha lo había tenido todo. Belleza, inteligencia, don de gentes; ella solo tenía a Dylan.

Su supuesta mejor amiga se lo había arrebatado y lo había vuelto en su contra.

Desterró el triste pensamiento de su mente. Había pasado mucho de aquello y ya no importaba. Recordaría la belleza de la amistad que habían compartido en el pasado y olvidaría lo demás; muy pronto estaría lejos de Gold River para siempre.

—Por eso he venido a ver a Miles —hizo un gesto hacia la oficina—. Quería preguntar si ha habido alguna denuncia de desaparición de un bicho feo con patas —sonrió bromista y volvió a acariciarle las orejas al perrillo—, parece que hemos firmado un pacto. Ya no me ladra. Lo he encontrado en la carretera al entrar en el pueblo.

Dylan revisó el cuello del animal en busca de algún tipo de identificación en el collar, al no encontrarlo palpó diversas zonas del diminuto cuerpecillo buscando algo.

—Acompáñame, vamos a buscar su chip. Es posible que nos diga quién es su dueño o dueña.

—Claro. —La posibilidad de perderlo le dolió. ¿Por qué? Acababa de encontrarlo. ¿Ya se había encariñado? Qué tonta.

—¿Y qué tal va todo por la gran ciudad? ¿Ya te has casado con ese tipo con el que salías?

¿Sabía eso? Lo de Roger... mejor no entrar ahí. Otro que la había considerado idiota y se había aprovechado de su buena disposición. Lo había enfrentado, le había preguntado sus motivos para jugar con ella de esa manera y él, de manera cruel, le había dicho que era demasiado fea y que había tenido que cerrar los ojos para follar con ella, pero que había merecido la pena, solo por el ascenso que había logrado en la empresa, tras robar una de sus últimas ideas.

Seguía siendo una tonta ingenua y esperaba que Dylan nunca lo supiera. Ese era su único pecado y tendría que aprender a vivir con él. Roger la había utilizado, como todos los hombres de su vida, estaba mejor sin ellos.

—Eso se acabó. Estoy centrada en mi carrera profesional y no tengo tiempo para relaciones.

Dylan se detuvo de golpe y estuvo a punto de tropezar con él. La miró con intensidad, buscando algo en su rostro que esperaba no estuviera allí. Dolor. Él la había conocido demasiado bien en otro tiempo, pero ahora era adulta y una mujer diferente.

No encontraría nada más que profesionalidad y entereza.

—No te merecía —dijo sin más consiguiendo sorprenderla, para continuar su camino un instante después.

Se acercó a una enorme mesa con un ordenador y una montaña de papeles y abrió el cajón superior. Atrapó al perrillo sin nombre y le pasó el detector por el cuello y el lomo buscando.

Negó.

—¿Qué pasa? —se interesó Julieta.

—No has tenido suerte, Juls. Sea de quién sea, no hay opciones de descubrir su identidad. Quizá ni siquiera esté vacunado —agregó con cierta preocupación—. Puedo decirle a Miles cuando vuelva que lo lleve a la perrera, a no ser que quieras esperar a verlo tú y hablar con él de los viejos tiempos.

—¿Por qué iba a querer ver a Miles? —preguntó incrédula, quizá un poco enfadada. Alzó la mano y negó—. No, no digas nada, porque me vas a cabrear, lo sé. Y no tengo ganas —recuperó al animalillo—. No lo voy a dejar en la perrera, Dylan, lo llevaré al veterinario y me ocuparé de él. ¿Max sigue donde siempre? —se interesó, luego pensó que no importaba, porque podría buscarlo en la guía. Su *smarthphone* tenía una conexión estupenda, incluso en aquel pueblecito perdido de la mano de Dios.

El hombre la miró, no sonrió, pero en sus ojos si hubo un reflejo de la satisfacción que sentía. ¿Por qué exactamente? ¿Porque no iba a quedarse a ver a Miles o por quedarse con el pobre y abandonado perro?

—Me alegro —dijo Dylan con diversión—. Miles ha encontrado el amor y no creo que seas su tipo —añadió mirándola de arriba abajo y descartándola—. Y sí, Max sigue en el mismo lugar que antes que él ocuparon su padre, su abuelo, su bisabuelo...

Sintió una puñalada de dolor. Así que no era del tipo de Miles, ¿eh? Pues él se lo perdía. Además, Dylan no era quién para evaluar su aspecto, tampoco era ningún guaperas.

¡Engreído! El hecho de que hubiera conquistado a la más... la más zorra del colegio no lo convertía en ningún experto.

Se estiró con decisión, decidida a no permitirle ver lo mucho que la habían afectado sus palabras. Adoptó su pose distante y una sonrisa artificial y se despidió de él sin grandes ceremonias.

—Me alegro de volver a verte, Dylan. Tengo mucho que hacer.

Se dio media vuelta y salió de allí, con frialdad profesional, sintiendo el dolor con cada paso, pero obligándose a mantenerse fuerte. Podía hacer aquello, podía ignorar a los hombres.

No iba a ser la primera vez.

Había perdido a Dylan ocho años atrás y no pensaba recuperarlo.

Terminaría con lo que había ido a hacer a Gold River y regresaría a casa, donde estaría a salvo por fin y para siempre.